

SANTOS Y GASTRONOMÍA/10

Torpes de Pisa, un mártir que prefirió a Jesús a los honores

CULTURA

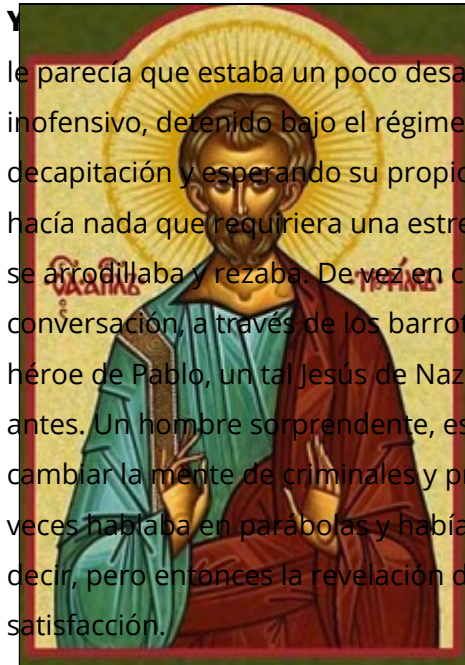
14_08_2021

*Liana
Marabini*



El hombre está durmiendo en una cama de paja húmeda y maloliente. Está solo en su celda y, a pesar de ser finales de abril, hace frío. Un escalofrío lo recorre durante el sueño, luego se despierta bruscamente y se levanta, apoyándose en la fría pared. Ha

vuelto a soñar con aquel día, que ahora parece tan lejano, en el que comprendió que abrazar a Cristo significaba dejar de tener miedo, sobre todo a la muerte. A él le parece que fue hace toda una vida, y sin embargo sólo fue el año anterior, el 67 d.C. Seguía convencido de que su vida sería larga y llena de honores, ocupaba un puesto importante -intendente del palacio de Nerón y jefe de su guardia- y gozaba de la confianza del emperador. Nerón le había confiado personalmente la custodia de un peligroso prisionero, un tal Pablo de Tarso, encerrado en las celdas imperiales por haber abrazado la nueva religión.



Y (nombre) se había tomado en serio el encargo, aunque le parecía que estaba un poco desaprovechado haciendo de niñera de un hombre tan inofensivo, detenido bajo el régimen de *custodia militaris*, condenado a muerte por decapitación y esperando su propio final sin hacer gran cosa. Sí, porque el tal Pablo no hacía nada que requiriera una estrecha supervisión. Al contrario, la mayoría de las veces se arrodillaba y rezaba. De vez en cuando hablaba con él, cuando iniciaba la conversación, a través de los barrotes de su celda. De este modo, había descubierto al héroe de Pablo, un tal Jesús de Nazaret, que había muerto en la cruz unas décadas antes. Un hombre sorprendente, este Jesús, tan bueno con las palabras que podía cambiar la mente de criminales y prostitutas, traidores e incrédulos de diversa índole. A veces hablaba en parábolas y había que hacer un esfuerzo para entender lo que quería decir, pero entonces la revelación del significado oculto de sus palabras daba una gran satisfacción.

Torpetius había caído bajo el hechizo de la narración, día tras día. Planteaba preguntas cada vez más precisas a Pablo, que se complacía en responderlas, describiendo la alegría que se siente en el interior cuando sabes que tu Dios, el único Dios, está siempre contigo; que su Hijo -que era Dios, pero también hombre- ha muerto por ti y que tienes que ser digno de Él. Con el tiempo se hicieron amigos y, la mañana de la ejecución, Torpetius le llevó a Pablo el *libum* (pan plano relleno de queso, ver receta) y compartieron esa última comida. Y así, poco a poco, Torpetius había abrazado esa religión, el cristianismo, que ahora llenaba su corazón y le ayudaba a no temer a la muerte. Su propia muerte, que ahora era inminente. Lo iban a arrojar a las fieras. Las mismas fieras a los que se enfrentaban los gladiadores en la arena. La diferencia es que él que no lucharía contra las fieras, sino que sería despedazado por ellas.

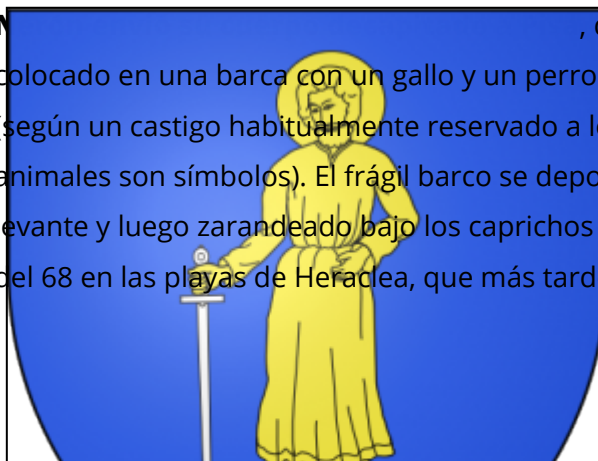
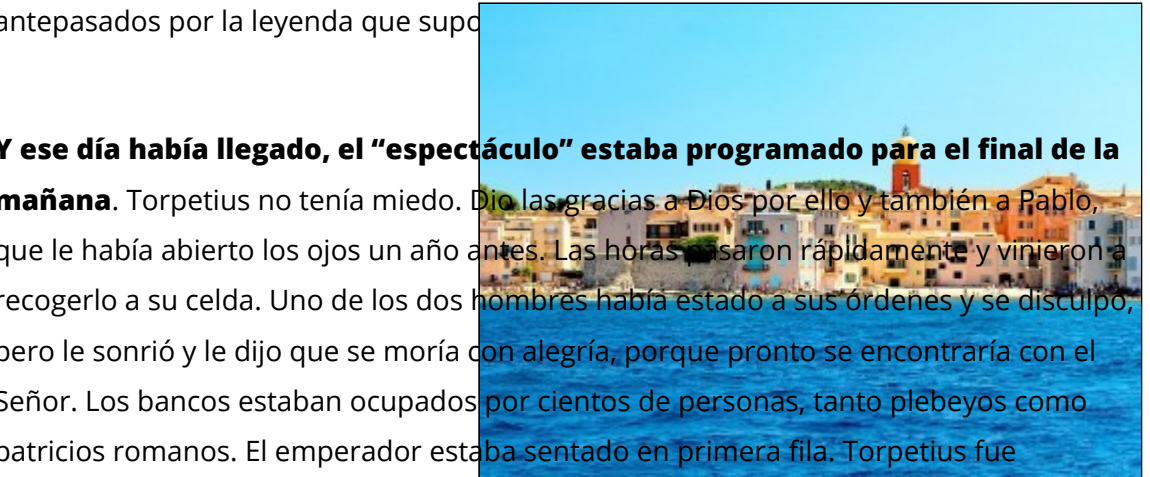
Y esto porque el primer castigo no había funcionado: Torpetius había sido juzgado y condenado a morir bajo el látigo del verdugo, atado a un poste. El propio emperador le había pedido que se retractara de su religión para salvar su vida, pero él se había

negado. Lo habían atado al poste de la infamia y el verdugo Satellicus había levantado su látigo para dar el primer golpe cuando el poste se desprendió milagrosamente del suelo y cayó sobre el verdugo con Torpetius aún atado a él. Lo habían llevado de vuelta a su celda y el emperador Nerón había considerado la caída de la hoguera como una verdadera afrenta personal, por lo que había decidido que su antiguo hombre de confianza encontrara su fin siendo mutilado por las fieras, en un gran espectáculo popular que él mismo presenciaría. Quería dar un ejemplo, para que la gente entendiera lo que podía pasarle a cualquier hombre si renunciaba a la religión de sus antepasados por la leyenda que supo

Y ese día había llegado, el "espectáculo" estaba programado para el final de la mañana. Torpetius no tenía miedo. Dio las gracias a Dios por ello y también a Pablo, que le había abierto los ojos un año antes. Las horas pasaron rápidamente y vinieron a recogerlo a su celda. Uno de los dos hombres había estado a sus órdenes y se disculpó, pero le sonrió y le dijo que se moría con alegría, porque pronto se encontraría con el Señor. Los bancos estaban ocupados por cientos de personas, tanto plebeyos como patricios romanos. El emperador estaba sentado en primera fila. Torpetius fue escoltado al centro de la arena y dejado allí. Los guardias se retiraron y se hizo el silencio. Bajo la tribuna se abrió una puerta de madera que dejó salir a un león y a un leopardo a gran velocidad. Los dos felinos vieron al hombre y empezaron a correr hacia él. El silencio del público fue ensordecedor.

Cuando los felinos llegaron a la mitad del camino, Torpetius hizo la señal de la cruz: los animales redujeron la velocidad y, al acercarse al condenado, los espectadores contuvieron la respiración. El león y el leopardo estaban ahora junto al condenado. Los miró y se echaron a sus pies. El hombre se agachó y les acarició la cabeza. Un grito de asombro surgió de la multitud y el emperador se marchó enfadado con su séquito. Al salir, ordenó que Torpetius fuera decapitado. Aquella mañana junto al mar tuvo lugar la ejecución. Le cortaron la cabeza mientras susurraba: "Dominus Deus meus, suscipe spiritum meum": era el 29 de abril del 68.

Nerón, donde, por orden del emperador, fue colocado en una barca con un gallo y un perro "encargados" del descuartizamiento (según un castigo habitualmente reservado a los parricidas, de los que estos dos animales son símbolos). El frágil barco se depositó en el río Arno bajo el viento de levante y luego zarandeado bajo los caprichos del mar. El barco encalló el 17 de mayo del 68 en las playas de Heraclea, que más tarde pasaría a llamarse Saint-Tropez. El culto



a San Torpes de Pisa, protector de los marineros, se ha desarrollado en toda la región. Génova y Pisa tienen iglesias dedicadas a él.

Saint-Tropez celebra su patrón con una tradicional fiesta anual llamada

“Bravade”, que se celebra los días 16, 17 y 18 de mayo, bajo el lema de la ciudad: *Ad usque fidelis* (Fiel hasta el final) y que rinde homenaje al valor del mártir. El 29 de abril, fecha del asesinato de Torpetius se celebra una peregrinación anual a Pisa, donde se conserva su cabeza y se venera como reliquia en una capilla dedicada a él. La pequeña ciudad de Saint-Tropez, situada a unos 70 kilómetros de Niza, acoge cada año a turistas de todo el mundo, pero a pesar de ello sigue siendo un pueblo de pescadores, aunque eso sí, muy refinado.

El culto al santo de Pisa es, en efecto, muy antiguo, como demuestran las iglesias del siglo XI dedicadas a él. Su importancia creció a lo largo de los siglos, también debido a los numerosos milagros atribuidos a su intercesión. Entre los signos prodigiosos realizados por San Torpes, merece recordarse el del 29 de abril de 1633: azotada por una gravísima peste, la ciudad de Pisa acudió a las oraciones y a la intercesión del santo y fue inmediatamente liberada. Otros milagros están relacionados con catástrofes naturales como inundaciones y terremotos. La vida y sobre todo la muerte de san Torpes de Pisa es un extraordinario testimonio de fe que nos inspira y nos sirve de guía.